

(Transcripción)

Rocca di Papa, 29 de diciembre de 1974

Comunicarse con la Palabra

Chiara a los gen:

(...)

En este momento importantísimo quisiera que un ángel tomara mi lugar para decirles qué es la palabra de Dios. ¡Estoy segura de que ustedes ni siquiera se lo imaginan! Un día tuve la suerte de descubrirlo y más tarde san Agustín me lo confirmó. Era la frase de Jesús: “Las palabras que tú, Padre, me diste se las he dado a ellos”, “Las palabras que tú, Padre, me diste se las he dado a ellos” (*Jn 17, 8*). Y Agustín la comenta diciendo: “Todo lo que el Padre dio al Hijo se lo dio generándolo. ¿De qué otro modo hubiera podido darle a su Hijo alguna palabra, puesto que en el Verbo, Dios dijo todo de una forma inefable?”.

Esto quiere decir que la palabra de Dios, cada palabra de Dios, es una presencia del Verbo mismo, de Dios mismo. Piensen entonces en la actitud que cada uno de nosotros tiene que tener con respecto a ella. Antes que nada la palabra de Dios hay que amarla y conocerla. Por eso nosotros, durante un cierto periodo de tiempo, tomamos en consideración una de ellas y buscamos su verdadero significado.

Después hay que vivirla. Esta es la cuestión. La palabra de Dios no realiza nada en nosotros si no la vivimos. Pero si la vivimos realiza milagros. De hecho, sustituye nuestro modo de pensar, de querer y de actuar en todas las circunstancias de la vida. Por eso, al vivir la palabra, ya no somos nosotros que vivimos, sino Cristo en nosotros. Y ésta ya es una revolución.

Por otra parte, ya que para nosotros es inconcebible un cristianismo individual, tenemos que comunicar las experiencias de la vivencia de la palabra, porque no queremos tanto la perfección, la santificación y la realización del individuo, cuanto de la comunidad. De esta comunión saca un gran provecho tanto el que escucha como el que habla, porque sólo dando se posee verdaderamente.

Hay que vivir la palabra de Dios. Lo repiten en todos los tonos los Padres de la Iglesia. De hecho, el anuncio de la palabra sin el testimonio, sin la vida, escandalizaba a los paganos como ahora escandaliza a los no cristianos, y provoca la crítica de la religión, como en aquel entonces provocaba la blasfemia en lugar de la conversión. En efecto, Jesús dice que es necesario primero obrar y después enseñar.

Además, la palabra de Dios hay que vivirla momento por momento. En cada momento, “que nuestra mente – dice san Ambrosio – permanezca siempre con Él... Que nunca se separe de su Palabra”.

En nuestra vida espiritual no debemos dar cabida a nada fuera de la palabra de Dios. Esto significa estar en comunión constantemente con la Palabra.

Pero hay un hecho muy fuerte que nos lleva a amar apasionadamente la palabra de Dios y a revestirnos de ella como si fuera nuestro uniforme, o como una coraza. Es un hecho que actualmente ha quedado algo olvidado, pero que nosotros, gen, tenemos que poner de manifiesto en toda su belleza. ¿Saben qué importancia tenía la palabra de Dios para los primeros cristianos? A menudo se la ponía al mismo nivel de la Eucaristía. Los cristianos de los primeros siglos se nutrían de la una y de la otra con el mismo amor. Decían, entre otras cosas: “Comemos su carne y bebemos su sangre en la divina Eucaristía, pero también en la lectura de las Escrituras”. O bien: “Esta lectura es como consumir Cordero Pascual”. O bien: “Mi refugio es el Evangelio que, para mí, es como la carne de Cristo”. Y el sabio Orígenes escribe

que la palabra, que alimenta a las almas, es una especie de otro cuerpo del que se ha revestido el Hijo de Dios.

Si es así, ¿cuántas veces al día tendríamos que comunicarnos con la Palabra de vida? El mayor número posible.